

### **III domingo de Pascua – Santa Misa (19-04-26)**

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

En este tiempo de Pascua, en que recordamos que Jesús ha vencido a la muerte y por eso nos llenamos de esperanza y de ánimo, el evangelio de hoy (Lucas 24, 13-35) nos enseña cómo es ese camino del ánimo y de la esperanza; que comienza, justamente, por comprender que hay un problema en nosotros de no entender las cosas y de entristecernos por todo lo que ha ocurrido. Y así también hay muchas circunstancias de la vida en donde nos ponemos tristes porque nos han pasado cosas graves. También en el Perú, hoy día, estamos tristes por algunas cosas que han pasado, así como en el mundo, por cosas gravísimas que han pasado con el desarrollo de este proceso de guerra.

Los discípulos vivieron muy hondamente la experiencia de la muerte de Jesús, como lo han relatado ellos mismos. Y cuentan cómo fue, cómo lo traicionaron, cómo lo juzgaron injustamente, especialmente, los grandes de Israel, los sacerdotes de Israel. Y eso es motivo de tristeza, porque es curioso que aquí se está usando - y se usó en el tiempo de Jesús - la religión como medio para matar. Y, como bien ha dicho en estos días el Papa León XIV en su viaje a África: la guerra es incompatible con la fe. No existe guerra justa, toda guerra es injusta. Y lo recuerda porque el ser humano está llamado a la vocación de hermanarse, de buscar relaciones, de aprender juntos. Y, por lo tanto, hemos de aprender todos a desechar las soluciones que, finalmente, nos destruyen a través de insultos, de mentiras, de provocaciones, de cizaña, de tramas, de todo ese tipo de cosas que sabemos muy bien existen en el mundo, pero que no nos llevan a la felicidad.

Es necesario la renuncia a todo eso para poder comprender que somos llamados a comprendernos mutuamente y arreglar las cosas pensando y reflexionando, como se estaba produciendo al inicio de esta guerra. Estaban las potencias en un diálogo para resolver el problema de las bombas atómicas y los peligros que había. Y los mismos que están conversando tienen sus huestes guardadas y le mandan al ayatola y lo matan a él y a su familia. Y, encima de eso, bombardean un colegio y matan a 175 niños.

Evidentemente, algo así provoca la reacción. Nuestros hermanos musulmanes no tienen el mismo pensamiento cristiano que tenemos nosotros, la de un Dios de paz. Aspiran a eso, pero no lo saben vivir porque tienen otra tradición. En cambio, los occidentales, que tenemos la tradición cristiana, tranquilamente podríamos haber evitado eso.

El Papa ha sido muy claro en los últimos días cuando alguien ha insinuado, de forma realmente calamitosa, que el Papa no tiene por qué meterse en esos temas. La Iglesia tiene que meterse en todo lo que es recobrar humanidad; no se mete en política ni en partidos políticos, pero sí repercute desde la humanidad de Jesús para salvarnos a todos. Y, por eso, la Iglesia tiene que levantar su voz. No hemos de tener miedo, hemos de hablar y decir la palabra reconciliadora, que es la de la paz.

Y miren ustedes cómo trata Jesús a sus discípulos que están con miedo y están yéndose ya, huyendo de Jerusalén, porque ahí ha sido la muerte de Jesús. Están huyendo, se van a diez kilómetros, a Emaús. ¿Qué hace Jesús, que ha resucitado? Se acerca, conversa con ellos, les pregunta para ver sus preocupaciones. Él no va de frente y dice: “He resucitado, soy un bacán”. No es eso. Se acerca y primero pregunta sobre los problemas que tienen y trata de que expresen sus problemas. La forma de evangelizar de Jesús

siempre es partir de lo que uno entiende y siente para poder comprenderlo y superarlo.

Eso nos ha faltado también en la Iglesia, cuando pensamos que la solución es enseñar la catequesis de memoria, todos cortados por la misma tijera. La próxima semana publicaremos la Carta Pastoral como conclusión de la II Asamblea Sinodal Arquidiocesana de Lima, en donde ustedes, los fieles de Lima han reclamado por una Iglesia que escuche más, una Iglesia que comprenda a la gente, no una Iglesia que imponga una doctrina que todo el mundo repite como papagayo, porque somos personas, somos humanos.

Y Jesús, entonces, sabe que sus discípulos, por más que lo han querido, han seguido con Él en el camino, simultáneamente, son humanos y hay que comprenderlos y partir de lo que viven. Y les pregunta: ¿De qué van conversando mientras van andando? Así está textualmente en gerundio. Jesús los va acompañando. ¿De qué van conversando mientras van andando? Al mismo ritmo de ellos. Así tiene que ser la enseñanza de la Iglesia, al compás de lo que cada uno sentimos y somos acompañados por la Iglesia. Y la respuesta, como ustedes ya han visto, es el desencadenamiento de todo su llanto y tristeza por lo que ha pasado con Jesús. Inclusive, le dicen: “¿Eres tú el único que no sabe esto?”.

Jesús se hace el sonso. “¿Qué cosas?” “¿Qué pasó?” Es interesante que Él no se pone como el centro de atención: “yo soy”, como si fuera Superman. El Señor inmediatamente deja que hablen y, simultáneamente, les explica. Y, por esa razón, hermanos y hermanas, es la celebración de la primera misa tal como la tenemos ahora: liturgia de la Palabra, liturgia de la Eucaristía. Primero, explicar la Palabra. Y, partiendo de Moisés y pasando por los profetas, les explicó todo lo que había en la Escritura sobre Él.

Después de eso es que les dice: “¡Oh, tardos de corazón para comprender las Escrituras!”. Jesús, todavía parecía básicamente un predicador, pero les va diciendo y les va ganando el corazón. Por eso es que ellos, después de la explicación, le dicen: “Quédate con nosotros, no te vayas... estate un ratito más”. Esto es muy importante, hermanos y hermanas. La parte de la liturgia de la Palabra de la Iglesia que se inspira en ese texto, en donde primero se lee la Palabra y luego se comenta, es para que todos adquiramos el sabor de Jesús, para que todos sintamos en nuestro corazón la belleza y el drama, la situación seria, terrible y la esperanza. Y, sobre todo, esa esperanza viene de que Jesús sabe acompañar.

No tengamos miedo, hermanos, porque Jesús nos sigue acompañando. Y eso lo ha dicho el Papa León XIV estos días: “No tengan miedo”. Y lo primero que ha dicho: ‘Yo tampoco tengo miedo a la gente que habla mal de mí. No hay problema. Yo no estoy para discutir, estoy para predicar la paz’. Eso, hermanos, es sumamente valioso, porque no se trata de tener discusiones, se trata de dialogar entre todos nosotros.

Yo les pido, por favor, que las familias, se reúnan por lo menos una vez al mes, no solamente para comer y hacerse regalos, sino para ver cómo está cada uno, qué problemas ha tenido, qué dificultad y qué cosas lindas ha descubierto. Si quieren, ustedes, en la mesa del comedor de uno de los domingos en que se reúnen, en vez de simplemente comer juntos y terminar, pregúntense: “A ver, ¿cómo ha estado la semana?, ¿cómo ha estado el mes?”. Porque conversar es la mejor manera de ser cristiano, es intercambiar la palabra.

Y ustedes dirían: “Pero en la mesa no tenemos el Evangelio”. También pueden usarlo, pueden tomar el texto; y, si no es así, pueden recordar al Señor, porque en el fondo está atravesando nuestros diálogos y nuestras conversaciones,

porque nosotros, siendo cristianos y viviendo ya a Jesús, también lo tenemos. Incluso, hay personas alejadas que tienen las mismas actitudes buenas de Jesús y tienen mucho que decirnos.

Por eso, vamos hoy día a reconocer que la grandeza de nuestra misa está fundada en la solidez de la relación de Jesús con sus discípulos. No es una mera manía, es una tradición que retoma la Tradición grande de la Iglesia. Hay personas que creen que el cristianismo es conservador, es decir, que todo tiempo pasado fue mejor. No es así. La Iglesia es Tradicionalista, con mayúscula, porque *Tradición* significa *transmisión* de una generación a otra, en donde todos hemos recogido el mensaje, las palabras de Jesús y las hemos practicado.

Entonces, cuando Jesús hace el ademán de que ha terminado ya su primera parte, los discípulos le dicen: “Quédate con nosotros”. Se sienta y comparte el pan: el pan de la Palabra, el pan de la Eucaristía. Y, por lo tanto, todos necesitamos de ese pan para vivir, que esa confianza que nos tiene el Señor con su Palabra se representa en la hostia que asumimos para introducir a Jesús en nosotros y vivir como Él.

En ese sentido, hermanos y hermanas, es fundamental reconsiderar que, a veces, en nuestra comunión no realizamos ese amor que comemos. Es muy importante aprender juntos. Por eso es que la comunidad sigue reuniéndose, y ya no solamente para celebrar la Eucaristía, sino para conversar entre todos cómo mejorar como cristianos los unos con los otros. Eso es lo que, a veces, no se entiende, y pensamos que, por haber ya comulgado, ya soy “santo”, ya “salvé mi alma”, y a los demás que los “parta un rayo”. ¡No es así! Quien asume la comunión comparte su vida, y eso es lo que nos ha enseñado el Señor.

Todos estamos contentos porque los primeros discípulos, que eran poco “corchos”, porque eran pescadores, no habían estudiado nada, pero nos dieron testimonio de que había que hablar, había que decir la palabra. Y estos días, de una manera linda, el Santo Padre ha hablado y hablado como Francisco. Hemos estado muy acostumbrados a esa palabra profética de Francisco, tan linda, tan fuerte, tan briosa. Hoy día, el Papa León XIV ha retomado ese camino al año de haber recibido el papado, tomando la posta de Francisco y diciendo al mundo:

*“Quienes saquean los recursos de la tierra que les pertenece suelen invertir gran parte de sus ganancias en armas, en una espiral de desestabilización y muerte sin fin. Esto es un mundo al revés, una distorsión de la creación de Dios que toda conciencia recta debe denunciar y repudiar. El mundo está siendo destruido por unos pocos dominadores y se mantiene en pie gracias a la inmensidad de hermanos y hermanas solidarios. No hay que inventar la paz, hay que acogerla, asumiendo al prójimo como nuestro hermano y como nuestra hermana”.*

Estas palabras las dijo en un Encuentro por la Paz con la comunidad de Bamenda, en Camerún. Y les pido, por favor, que ahora vayan a buscar los distintos discursos que ha tenido el Santo Padre, especialmente los de hoy día y mañana, porque está en Angola.

Ustedes dirían: “¿Qué cosa será Angola?”. Pues la mayor parte de hermanos de origen africano que tenemos en el Perú son de Angola, porque son los descendientes de los esclavos que trajeron los españoles. O sea que estamos hermanados con Angola, porque después muchos de ellos han regresado, han tomado contacto con sus familias. Entonces, la visita del Papa a Angola es medio peruana también. Aquel negrito que pintó al Señor de los Milagros en

el muro era angoleño, y gracias a él tenemos al Señor de los Milagros. Inspirado, impulsado por el Espíritu y por el cariño, por la dignidad, lo pintó. Y de la misma línea es San Martín de Porres.

Por eso, hermanos y hermanas, estamos para alegrarnos porque estos discípulos salen huyendo de Jerusalén y, luego que viven esa experiencia de la Palabra y del compartir el pan, vuelven a la boca del lobo, a enfrentar. Y es lo que tenemos que hacer nosotros cuando hay problemas terribles: no debemos huir, debemos profundizar y regresar para afrontarlos con inteligencia, con paz, con delicadeza y con la fortaleza de aquel que cree porque recibe la fe como un don. No es que nosotros poseemos la fe, sino que nos posee a nosotros para afirmar y anunciar a Dios.

Dios los bendiga y las bendiga, hermanos y hermanas, y que saboreemos siempre la vida del Señor y la compartamos también con el pan. Y en esta semana celebremos este primer aniversario de la muerte de un Papa santo y profético que nos dio la fuerza de ser cristianos durante el período de doce años.

Amén.